

La Planificación desde el Angulo de la Sociología General

Por Christian CHULLIAT, Doctor en Letras, Miembro del Instituto Internacional de Sociología. Comunicación para el Décimo Congreso Nacional de Sociología. Versión del francés por Oscar Uribe Villegas.

EL término “planificación” evoca, por sí mismo, una técnica complicada: levantamientos, gráficas, curvas. . . ; posteriormente, ruedas que giran, sierras que rechinan, ruido de motores. . . En suma, toda una actividad que corresponde, por esencia, al dominio del mundo práctico.

El sociólogo, aunque se dé el caso de que sea economista, como quería Durkheim —y en contra de la tendencia moderna de Gurvitch—, parece que no tuviera nada que hacer en semejante galera; él que, por próximo que permanezca con respecto a los hechos, conserva el culto de las grandes ideas, de las grandes leyes que gobiernan al Hombre.

La planificación ¿no es cosa de los industriales, más o menos dirigidos por la política? ¿No habla de “rendimiento”, cuando el sociólogo habla de “ley”?

Y, con todo, esta palabra bárbara no escapa al mundo de las ideas, a la ley, tal y como la entiende el sabio desinteresado, sea que pertenezca al mundo de la física o al de lo social. Porque, el pensador que se interesa en las cosas humanas no deja de señalar que la planificación no aparece indiferentemente en el proceso económico, sino a partir de ciertas épocas. No comienza a llamar la atención de los espíritus sino a partir del primer plan quinquenal de la Unión Soviética, de 1920.

¿De dónde proviene este misterio? ¿Se trata de una moda? ¿De un capricho?

¿Por qué los espíritus eminentes que fundaron la industria moderna, a pesar de haber previsto muchas cosas, no han pensado en instituir comisiones de estudios y en diseñar lo que actualmente denominamos un "plan"? ¿Por qué razón, Enrique IV, Colbert, los enciclopedistas, la burguesía industrial del siglo XIX, si han tenido conciencia de la necesidad de acrecentar la producción, no han establecido jamás previsiones que les permitiesen hacer entrar la producción en el mundo predeterminado de una economía dirigida?

Han estado tan lejos de esta idea que, en todo el curso de este período, la producción ha sido esencialmente desordenada, provocando en el mundo entero, al través de todo el siglo XIX crisis terribles, incluyendo la de 1920, ésa sin precedente que, para no citar sino un ejemplo particular, arrastró a los Estados Unidos a una situación en la que había un excedente de varios miles de vehículos que se hubiera necesitado meses enteros para reabsorber. Y no es que los fabricantes no se percataran del peligro que eso representaba. Lo que sucedía es que no les interesaba el porvenir de una empresa sino para su provecho personal, sin que buscaran sacar algún beneficio de una visión muy clara de los riesgos enfrentados, creando con sus cofrades una organización de interés general.

¿Cómo explicarse esta laguna antes de 1920, fecha que como ya hemos recordado es la misma de la aparición del plan soviético, sino por una falta total de solidaridad entre las diversas industrias?

Y la ciencia social había de reflejar perfectamente esa situación.

Hubo que esperar a Augusto Comte para ver surgir las nociones de "fenómenos sociales", aunque los considerase todavía Comte de un modo bastante estrecho al través de sus tres estados: "teológico, escolástico, positivo", no siendo sino el último estadio el que podía permitir el examen de sus leyes.

Es muy curioso que el siglo XVIII, fundamentalmente social y que debía desembocar en la Revolución Francesa, madre de una República, única e indivisible, no haya manifestado ninguna tendencia a la planificación. ¿Cuál era, por tanto, por entonces, la explicación de los hechos sociales? Era la acción de la conciencia del hombre la que se consideraba engendraba la sociedad. Para nada se hacía presente la idea de que existiesen, concurrentemente con las fuerzas naturales, ciertas fuerzas específicamente sociales a las que se enfrentan o con las que tropiezan los individuos. El éxito o el fracaso de una sociedad no podía provenir

sino de las cualidades o de las imperfecciones de sus autores. El americano tenía el espíritu de empresa; el francés, más prudente, prefería “remplir son bas de laine” y hacerse banquero del mundo; otros pueblos tenían espíritu de conquista; creaban sociedades militares que, dentro del pensamiento de Spencer, se oponían a las sociedades industriales que, según él, eran esencialmente pacíficas; otros, al través de la contemplación, se volverían hacia el lado moral de la vida.

Esta concepción provenía del desarrollo desorganizado de la sociedad. Ocupándose cada quien de su actividad particular, dedicando una atención relativamente escasa o nula a los otros miembros de la colectividad, esta concentración en la tarea personal, esta despreocupación por la de los demás, considerada más o menos como competencia peligrosa, siendo como era poco propicia a la elaboración de planes de producción, tenía que favorecer, por el contrario, una lucha encarnizada entre los productores.

Se necesitaba de una concepción totalmente distinta de las leyes sociales para que apareciese la noción de planificación, que depende del fenómeno sociológico general de la integración de las sociedades: conforme más se desarrolla una sociedad, existe mayor solidaridad entre sus partes.

Si nos referimos al período artesanal, constatamos que cada productor era dueño y señor de su oficio orientándolo según el que consideraba que era su interés.

Actualmente, la menor perturbación en un sector de la economía provoca dificultades en todos los restantes; una huelga de trabajadores de caminos amenaza con paralizarlo todo. Esta particularidad de las sociedades modernas da tema de amplias reflexiones sobre la economía general de un país.

Se concibe, entonces, el que los desarrollos insuficientes, o por el contrario, pletóricos, de ciertas ramas, puedan tener terribles repercusiones, y que de este modo haya un impulso a prevenirlos, y al hacerlo exista un esfuerzo por acrecentar más aún la prosperidad del país, considerando siempre la armonía de cada sector. Es así como nace la idea de plan y tal nos parece ser la ley sociológica que ha suscitado la teoría de la planificación. Pero esta coyuntura económica no puede manifestarse sino en el marco de una sociedad fuertemente evolucionada.

Bajo el “antiguo régimen” las provincias tenían, cada una de por sí, una vida autónoma que se bastaba a sí misma. Encontramos un fenómeno idéntico en nuestros días: la población musulmana se divide

en kabilas, tuaregs, bereberes, etc., que poseedores de costumbres propias dificultan la aplicación de un plan económico.

La integración social es, por tanto, no la causa eficiente, sino el principio que condiciona la planificación económica; el medio necesario para su aparición.

Francia, por su parte, ha sido uno de los primeros países unificados; la primera nación que tuvo una capital. Y la contrasena de 1793: “Una República, única e indivisible” es evidente ilustración de ello.

Los fenómenos de particularismo provincial encontrados actualmente entre nosotros no son exclusivos de una integración al conjunto del cuerpo social, sino que se manifiestan sobre todo por costumbres folklóricas entre los bretones, los alsacianos, los provenzales, etc. Ninguno de ellos se molestaría si se les calificase de franceses, en tanto que parece que las cosas ocurren en forma distinta en el caso de otras provincias de otros países, lo cual prueba claramente la fuerte cohesión del pueblo francés en su conjunto.

La solidaridad de todos los miembros de una misma nación nos parece que constituye, por tanto, el terreno social favorable e indispensable para la formación de la planificación económica, que nos parece que requiere, además, la existencia de una integración del mismo orden que la social, aunque la misma haya de manifestarse en forma distinta.

En efecto, el trabajo artesanal —léase manufacturero— se basta igualmente a sí mismo, como ocurría en el caso de las provincias del “antigua régimen”. Pero, a medida que se desarrolla la industria, tiende a convertirse en un gran cuerpo, dotado de una unidad que se traba cada vez más. Si no, no podríamos explicar esta tendencia notoria de las sociedades modernas a reunir en una sola empresa ramas industriales que primitivamente se explotaban en forma separada.

En la misma forma en que la armonía de un cuerpo biológico o social necesita un desarrollo ordenado del conjunto de sus componentes, que evite que unos predominen sobre otros, asimismo las diversas partes de una industria integrada tienen, por naturaleza, cada cual sus propias leyes. Conviene velar, por tanto, para que no progresen unas en detrimento de las otras. Es así como aparece la idea de un plan racionalmente concebido, en cuanto la evolución natural e inconsciente no puede alcanzar tales resultados.

La nación iniciadora de la planificación —la U.R.S.S.— es un viejo ejemplo de integración social. Sabemos que, en la Rusia de los zares, la integración se lograba de una manera artificial, denominada “rusificación”, que consistía en aplicar brutalmente las directrices del

gobierno de San Petersburgo contra el desarrollo natural de ese Imperio. Y el ejemplo de la infortunada Polonia sigue estando presente en la memoria de todos.

Se conseguía, con ello, no la unificación deseada, sino, por el contrario, una desolidarización del conjunto y de cada una de las partes.

En efecto, cuando durante la guerra de 1914 afluían las tropas del Cáucaso, de los Urales, de Siberia, se asombraban de que se les movilizara, diciendo: "...pero, si la guerra se libra lejos, muy lejos de nosotros... y en realidad no estamos en guerra." Tan lejos estaban de la idea de encontrarse integrados en el Imperio de los zares.

La Revolución bolchevique transformó totalmente este estado de cosas y, a semejanza de la Revolución francesa, fue un movimiento de unificación social, en cuanto cada Estado se convirtió en una República, dotada de representación propia en el Consejo Supremo de los Soviets, realizándose así una verdadera Confederación: La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El ejemplo más típico de integración social es el esfuerzo realizado por el gobierno soviético para elevar el nivel de las poblaciones subdesarrolladas, especialmente musulmanes y llevarlas al plano de la civilización evolucionada.

En cuanto arrojó a la nobleza de sus mansiones y pudo disponer de numerosos palacios, instaló en ellos a los pueblos nómadas, que, poco habituados a vivir bajo techo, siguieron plantando sus tiendas en medio de los salones emblasonados.

Y, en una época en que la técnica se coloca como se sigue colocando aún actualmente en el primer rango de las preocupaciones, dio a estos desenraizados una enseñanza especializada.

Esa es la razón por la cual, en tanto que no sabemos que se presente una situación parecida en los Estados árabes independientes, en donde la burguesía avanzada, privada de una industria, no hace que sus hijos estudien otra cosa que el Derecho, en la U.R.S.S. no solamente existe un cierto número de musulmanes, sino que muchos de ellos han conquistado el grado de ingeniero, particularmente apreciado en nuestros días. Estado o situación inimaginable en el caso de los países norafricanos, aun cuando no pueda tratarse aquí de sostener la comparación de los títulos científicos y de los títulos jurídicos.

Pero, la integración social, si bien es requerida ineludiblemente para el desarrollo de una planificación económica, no puede conducir a una sociedad planificada sino en el caso de que se le agregue la integración económica.

Y si el pueblo francés, desde hace mucho tiempo, ha realizado su

unificación, en cambio, su economía, por su parte, no ha llegado a conseguirla.

México, por lo que muestra el Décimo Congreso Nacional de Sociología, consagrado a la Sociología de la Planificación, nos parece que ha seguido una evolución muy parecida a la de Francia, pero con una nota más ardiente y, por desgracia, también más sangrienta. Encontramos en los dos países dos corrientes iguales de luchas. Por la independencia nacional, por una parte; por el progreso social, por otra, con la diferencia de que se han manifestado más tardíamente en México. Tras la Guerra de Cien Años, el combate francés por la autonomía nacional, que requería a la vez la expulsión del extranjero y el aniquilamiento de la feudalidad, terminó en el siglo xv con Luis XI, a quien puede considerarse como uno de los fundadores de la patria francesa.

En México, en el período precortesiano, la tendencia a una cierta integración social se reveló por la fusión, frecuentemente de orden guerrero, de diversas capas de población y, ulteriormente, por el desembarco de los españoles en 1519.

Pero México no había realizado su independencia, y existía solamente como colonia española que atraía una multitud considerable de inmigrantes que se comportaban como los que se han llamado más tarde "colonialistas". Sus abusos suscitaron las primeras revoluciones nacionales contra el invasor, hasta la muerte de Maximiliano de Austria.

Tras conquistar la independencia nacional, condición primordial de la integración social, estallaron nuevas revoluciones, sobre todo a partir de 1911, pero esta vez de un carácter propiamente democrático y social. La intrusión extranjera no se manifestó ya por la invasión militar; sin embargo, continuó existiendo desde el punto de vista económico, especialmente por la acción de las compañías petroleras.

Fue mérito del presidente Lázaro Cárdenas decretar su expropiación. Realizó igualmente una verdadera reforma agraria en beneficio de los campesinos mexicanos. Finalmente tuvo el mérito de promover la instrucción pública y la misión cultural llevándolas hasta los centros rurales. En este último dominio, su sucesor, Manuel Avila Camacho, continuó su acción, ayudado por su secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet.

Y es de suponer que, tras sus largas embajadas cultural y diplomática en París, poeta y ensayista, profesor de literatura francesa en la Universidad de México, traductor de André Gide, Jaime Torres Bodet, gran amigo de Francia que ha conservado innumerables simp-

tías en la capital francesa, nuevamente en calidad de Secretario de Educación Pública de México, perseverará en esta tarea que contribuye a la integración simultáneamente social y económica de su país.

No es de dudar el que todas las condiciones sociales y económicas, en cuanto se encuentran reunidas, han de permitir a México realizar una planificación evolucionada.

Ahora, nos parece útil examinar, aun cuando muy brevemente, las consecuencias de una organización planificada tanto sobre la producción como sobre el consumo.

Si, por una parte, es evidente que suprime los inconvenientes de la sobreproducción así como de la subproducción y que, por otra parte, maneja la economía de un país en forma que la misma resulte armónica, no ha escapado, con todo, a ciertas críticas. En efecto, se le ha podido reprochar el que manca al productor en su iniciativa y en su libertad de acción.

Es muy cierto el que, a partir de ese momento, el productor ya no puede disfrutar de la misma libertad que en el tiempo del artesanado en que podía considerarse como señor después de Dios.

Pero esta libertad, ¿no se traslada a otro terreno?

Ya en la época artesanal, el fabricante debía considerar el mercado y los medios técnicos: por lo mismo, no era completamente libre.

Actualmente, cada productor, aun cuando no sea sino un engrane en el conjunto, incluso en su calidad de tal engrane disfruta de un poder considerablemente acrecentado por el hecho de tener conciencia de que contribuye a la prosperidad general y de que actúa plenamente para conseguirla.

Y esta visión más clara y amplia de las cosas, que le confiere la racionalización de la economía, ¿no realiza un tipo de libertad más esclarecida o ilustrada que la del artesano de antes, que no veía nada por encima o más allá de su círculo o radio de acción? En la misma forma en que, desde el punto de vista social, como lo ha mostrado Durkheim, el ciudadano moderno, por atado que se encuentre, por atrapado que esté en una red de leyes, no por ello disfruta menos de una libertad infinitamente mayor que el individuo primitivo, a pesar de los vínculos muchos más lasos que unen a éste con su comunidad, en la misma forma esto es cierto del trabajador moderno bajo el régimen de la planificación.

Además, el consumidor que depende de pequeños comerciantes y artesanos es menos libre que cuando puede dirigirse a una gran empresa con mejor parroquia y que no impone su mercancía bajo pena de

exclusión: de donde la ventaja, desde el ángulo de la libertad, de la planificación.

Finalmente, se ha criticado a la planificación su inestabilidad. Y el distinguido sociólogo y economista Robert Guillaín ha dirigido esta crítica general en *Le Monde* de 2 de octubre de 1959. A propósito del décimo aniversario de la revolución china y bajo la rúbrica de “Du 1^{er} Octobre 1949 au 1^{er} Octobre 1959” señala que “. . . la planificación no ha impedido, y es ése el hecho más notable, una gran inestabilidad en la vida económica y social. Hay una forma incesante, un nuevo movimiento de masas, nuevos objetivos, nuevas experiencias que vienen a trastornar los planos anunciados. . .”

Pero ¿puede hacerse al planismo o a la planificación el reproche de evolucionar, siendo así que es justamente en sí una manifestación de la evolución?

Siendo como es el movimiento, según señalaba Demócrito, resultado de un desequilibrio entre dos fuerzas opuestas, y siendo como es la planificación misma una manifestación de la evolución con vistas a la realización de un equilibrio, es natural que este equilibrio no tenga sino una estabilidad relativa.